A Cristina, Rafa la había conocido entre Olga 1 y Olga 2. Según decía, trabajaba en una entidad bancaria. Soltera, delgada, pelo castaño, ojos marrones, bien vestida. Vivía sola en su casa cerca de la M-30. Una casa absolutamente impoluta, porque para eso tenía a una señora que iba a limpiar. No parecía que tuviera mucho trabajo, ya que Cristina, vivía sola y cuando no estaba trabajando, se iba al gimnasio o de cachondeo, pero aún así, se podía permitir el lujo de pagar a alguien para que ella no tuviera que hacer nada. Cristina, era una señorita, en el amplio sentido del término, incluyendo su acepción más peyorativa.

La forma en que la conoció, fue algo curiosa y dice mucho de su personalidad. Habían quedado en el VIPS de López de Hoyos, una tarde después del trabajo. Cristina terminaba a las 3, como las señoritas. Al llegar al lugar de la cita, la llamó al móvil para poder identificarla, ya que como era habitual en estos casos, la gente no suele reconocerse ni siquiera aunque se hayan intercambiado algunas fotos. Y este, no era su caso. Además, las fotos suelen tener una cierta antigüedad y no se corresponden con la realidad.

Cuando descolgó el móvil, comenzaron a darse pistas de dónde estaban y cómo encontrarse. Rafa, estaba en la calle, a la entrada del VIPS. De pronto, ella le pregunta:” ¿Eres el del jersey amarillo?”. Sí, llevaba un jersey amarillo y ella, estaba escondida en la parada del autobús que hay en la calle Velázquez, observando a ver si lo que veía le podía interesar. Como el que va al mercado y elige un pollo, unos filetes o unas manzanas. Después de estar un buen rato en el VIPS, ya de madrugada, se fueron a tomar una copa en un pub de la calle Alcalá y Rafa le tiró los tejos. Amablemente, Cristina le respondió que tenía por costumbre no acostarse con nadie en su primera cita, pero no se mostró ofendida por la oferta. Poco tiempo después, mientras hablaban un día por teléfono, le invitó a disfrutar del jacuzzi de su cuarto de baño.

Quedaron para verse en otras ocasiones y una de ellas, fue en casa de Cristina. Rafa pasó a recogerla en su coche y en un momento dado, le dijo que no importaba si el coche estaba bien aparcado o no, porque esa noche no iban a hacer nada. Se quedó un poco alelado pero no fue porque esperara otra actitud, sino por el desparpajo, la desenvoltura y naturalidad con la que dijo la frase. Como si ya estuviera acostumbrada a fijar los límites de su territorio. Y esa era una sensación que le resultaba algo incómoda, no tanto por tener el derecho a ejercer su libertad, sino por la forma en la que lo hacía.

El caso es que finalmente, el día que ella decidió, quedaron a cenar en su casa. Como es lógico y bien sabido, las señoritas no guisan, así que pidieron una pizza y unas coca colas. Algo frugal, para que no pudiera entorpecer la tarea que venía a continuación.

Cuando llegaron a su habitación y comenzaron a desnudarse, ella le preguntó: “¿Tú eres de los que duran mucho”?. Desde luego, ya sólo por el mero hecho de que te hagan esa pregunta justo antes de meterte en la cama, es como para impresionar, que se te encoja y salgas con un gatillazo de campeonato. Rafa, puso cara de póker, aunque con la oscuridad no se notó mucho y le respondió algo poco comprometedor. La tal Cristina, adquirió en esa noche el título de “mujer más experta con la que nadie había estado jamás”. Sus habilidades amatorias, parecían no encontrar límites. Ahora empezaba a entender el porqué de su figura estilizada: no paraba de moverse como una auténtica posesa. Su cuerpo sudoroso y menudo, parecía poseído por algún espíritu con azogue. Rafa, mientras tanto, hacía esfuerzos para no defraudar a la pobre chica y lleno de orgullo, Rafa asegura que la cosa duró casi tres horas.

Durante ese tiempo, echó a volar su imaginación con la finalidad de que su cuerpo y su mente no estuvieran en el mismo sitio, algo muy difícil de entender en un hombre, cuando tiene su cerebro metido en la vagina de su amiga. Pero, al parecer, lo consiguió. Al menos, pudo estar a la altura de las circunstancias, aunque no entendía muy bien porqué. Cristina no alcanzaba a tener ningún orgasmo. Al menos, de su boca y de su garganta, no salió ningún sonido que lo indicase. Algo que le perturbó bastante, fue pensar que en el fondo, su amiga, era una profesional de alto standing, que de vez en cuando, en su tiempo libre, se permitía el lujo de decidir con quién se lo montaba. Como él nunca había estado con una profesional, aquello le daba un poco de yuyu. No se encontraba muy tranquilo. Total, que entre pensar que se estaba tirando a una profesional (o era al revés?), que si su cerebro no debía estar en el mismo lugar que el resto de su cuerpo y que si “esta tía no se corre, aunque Rafa le dedique los últimos años de su vida”, en una de esas, se da cuenta de que, aparte ya de no sentir nada en el pene como si lo tuviera gangrenado, se percata de que el preservativo, no estaba.

Con tanto meneo y con tanto fluido, el preservativo se había soltado de sus amarras. La noticia en sí, fue un ligero alivio por cuanto ella corrió al baño a buscárselo en sus profundidades más íntimas y mientras, Rafa, descansaba un poco. Y debían ser muy profundas, porque después de un buen rato y de varios “a mí esto no me ha pasado nunca”, “qué vergüenza!”, “mira que te he dicho que tuvieras cuidado”, “y ahora qué hacemos” y frases por el estilo, no pudo encontrar el preservativo.

El siguiente paso, fue acudir al libro de su Seguro Médico privado, para encontrar un servicio de urgencia cercano a su domicilio. Y así lo hicieron. Sin tiempo para ducharse, se volvieron a vestir y se fueron al servicio de urgencias más próximo. Afortunadamente, el médico que la atendió, era una mujer, la cual, con unas simples pinzas y con un poco de paciencia, consiguió lo que se pretendía en apenas 30 segundos.

Rafa, mientras tanto, esperaba fuera, con un complejo de imbécil supino, mientras pensaba en lo kafkiano que era todo. Hasta ese momento, no había tenido ni un maldito orgasmo, obsesionado como estaba por no defraudar a la fiera insaciable que tenía pegada a él. Pero al mismo tiempo, pensaba que ella, tampoco estaba disfrutando nada de la orgía, porque no la había oído decir ni mu. Y a pesar de todo, ahí estaba él, de madrugada en Urgencias, con frío y sudoroso, esperando a que le sacaran el preservativo de su ubicación actual, probablemente junto a las amígdalas.

Al cabo de un minuto, Cristina salió disimulando su vergüenza y la llevó a su casa. Al detener el coche, le miró medio molesta medio asombrada y le preguntó que si no iba a quedarse a dormir. Le dijo que no, claro. No estaba de humor para ello, aunque la excusa que puso fue otra. La verdad, es que se le hacía muy duro tener que bailar al son que tocara la susodicha, que era la que llevaba la batuta, la voz cantante y ejercía de prima donna. No se encontraba con ánimo de quedarse y compartir lecho y desayuno con ella, pero también lo hizo un poco por venganza. Sabía que a ella, no le gustaba nada que el tío con el que se había acostado, se marchara sin dormir allí. Algo así, como los perros cuando mean en los árboles para fijar su territorio. Demasiado mandona, demasiado fría y calculadora y muy poco, - mejor dicho- , nada cariñosa.

A la mañana siguiente, hablaron por teléfono y comentaron lo sucedido. Insistió en que le hubiera gustado que se hubiera quedado y Rafa se excusó diciendo que se sentía un poco acomplejado porque ella no se había corrido en casi tres horas. Su sorpresa sobre todo lo acaecido fue en aumento, cuando Cristina confesó que había tenido un montón, que le había gustado mucho, pero que no consideraba que fuese una cuestión de chillar como una cerda cuando va al matadero. ¡Tócate los pies! O sea, que Rafa haciendo ejercicios mentales para poder “durar mucho”, pensando que Cristina no estaba disfrutando nada, alojándole el preservativo al lado de las meninges y además, sin que tuviera ni un mísero orgasmo, ¿para qué?, ¿para terminar en Urgencias y escuchar al día siguiente que porqué no se había quedado a dormir?. ¡Jesús, qué cruz!.

Le quedó un regusto malo de todo ello. Rafa lo que necesitaba, era ternura, cariño, aderezado con sexo, claro, pero no necesitaba una orgía. Por eso, cuando Olga 2 se cruzó en su camino, desapareció del de Cristina.